

MIMI MATTHEWS

EL LIRIO DE LUDGATE HILL



Libros de
seda

*Para mi madre, Vickie,
una amiga increíble, una aliada formidable
y una fuente de constante inspiración*

«Fue el mayor Madden quien envió las semillas que se cultivaron hace aproximadamente cinco o seis años; sin embargo, acaban de florecer por primera vez».

Cita hallada en *La Revista Botánica*
sobre el lirio gigante del Himalaya, 1852



CAPÍTULO 1



Londres, Inglaterra

Junio de 1862

Lady Anne Deveril presumía de tener muchas cualidades sobresalientes. La principal era su disposición a hacer cualquier cosa por una amiga. Y Julia Wychwood era su mejor amiga. Lo era desde que ambas tuvieron que hacer frente a su primera temporada juntas. Dos muchachas tímidas y sin experiencia: una vestida de riguroso luto y la otra enfundada en un vestido azul con demasiados lazos. Ambas languidecían sin que nadie se dignase a mirarlas siquiera, pegadas a la pared del salón de cada baile de moda, velada musical o teatro *amateur* que se preciara.

Vivieron temporadas decepcionantes, tres en total, cosa que solo sirvió para fortalecer aún más el vínculo entre ellas. Ya no eran aquellas jovencitas introvertidas sin experiencia, sino compañeras. Amazonas. Hermanas.

Sí, Anne haría cualquier cosa por Julia, incluso enfrentarse al mismísimo diablo.

Se metió bajo el brazo el ejemplar doblado del *Spiritualist Herald*, avanzó con paso decidido por las escaleras de piedra recién barridas de la mansión del conde de March en la calle Arlington y golpeó con firmeza la aldaba de latón contra la puerta pintada.

El conde de March no era un diablo, pero en ese momento hospedaba a uno en su casa.

Un joven lacayo abrió la puerta enseguida.

—Buenos días —saludó Anne—. Tenga la bondad de comunicarle a su señoría que lady Anne Deveril ha venido a verle.

El lacayo no puso en duda su identidad. ¿Por qué iba a hacerlo? A decir verdad, pareció reconocerla. Era hija de un conde y, además, bastante conocida gracias a la excéntrica conducta de su madre. Una condesa viuda no podía vestir de luto durante años y recorrer la ciudad relacionándose con espiritistas y médiums sin llamar la atención. Y ya

hacía tiempo que Anne había aceptado que debía cargar con parte de esa fama por asociación.

—Sí, señora. —El lacayo dio un paso atrás para facilitarle la entrada—. Si es tan amable de esperar en la biblioteca, iré a ver si su señoría se encuentra en casa.

Por supuesto que estaba en casa; seguramente en su invernadero. Anne no pensaba que llegaría a verlo. Sin embargo, permitió que el lacayo la guiara hasta la espaciosa biblioteca del conde para después marcharse en busca de su anciano señor.

A su olfato acudieron entonces dos aromas: tabaco de pipa y papel. También olía a abrillantador de limón, aunque no parecía que las criadas hubieran limpiado recientemente. La biblioteca estaba patas arriba.

Las librerías cubrían tres de las paredes, y de ellas sobresalían volúmenes encuadernados sobre botánica, agricultura e historia natural. Estaban desordenados, como si un investigador despistado se hubiera paseado de un estante a otro sacando volúmenes al azar.

La cuarta pared estaba completamente cubierta de ilustraciones enmarcadas de flores y plantas. Algunas a lápiz y otras pintadas en delicadas acuarelas; junto a las torres de revistas botánicas y los mapas dispersos por el escritorio de madera de caoba del conde, daban prueba de su mayor pasión.

El amor de lord March por las plantas exóticas era bien conocido. Había pasado gran parte de su vida viajando por todo el mundo, desde los territorios salvajes de América hasta las cumbres más altas del Himalaya, y volvía con semillas raras para cultivarlas y verlas florecer.

Por lo que recordaba Anne, era un tipo lunático cuando menos, pero también era bueno. Hacía mucho tiempo que no visitaba su casa. Tenía la impresión de que había pasado una eternidad.

Tiró inquieta de sus guantes de gamuza negra mientras se paseaba por la alfombra desgastada frente a la enorme chimenea de mármol de la biblioteca. Nunca se le había dado bien la espera ante situaciones desagradables.

Por suerte, no tuvo que aguardar mucho.

—Hola, mi señora —dijo una grave y conocida voz desde la puerta de la biblioteca.

Anne se volvió y su traicionero corazón dio un brinco involuntario en el pecho.

El señor Félix Hartford estaba en la entrada con el hombro apoyado en el marco de la puerta. Solo Dios sabía cuánto tiempo llevaba allí observándola.

Se puso tensa. Después de todos aquellos años, él todavía tenía el poder de alterarla. ¡Maldición! Pero no permitiría que su apuesto rostro y su físico imponente la arrastraran a un caos de emociones. ¿Qué le importaba su estatura impresionante, esa mandíbula angulosa y definida o el brillo diabólico de sus ojos azules?

En efecto, era un diablo. Precisamente el que había ido a buscar.

—Hartford... —lo saludó alzando la barbilla en señal de desafío. Era un acto reflejo. En todos sus encuentros de los últimos años, no había ni uno en el que no se hubieran enfrascado en una batalla verbal.

Sin embargo, esta vez él no intentó entablar conversación con ella.

Vestía pantalones de tartán y una levita negra de corte holgado y abierta que dejaba ver un chaleco oscuro. Un conjunto informal, cualidad acentuada por su apariencia. Llevaba la ropa un poco arrugada, y el cabello castaño oscuro despeinado pedía a gritos un poco de pomada.

Desprendía un aire de inquietud contenida, como si acabara de volver de algún sitio o estuviera de camino hacia otro lado, como si no se hubiera dado cuenta de que Anne estaba en la biblioteca y simplemente se hubiera topado con ella por casualidad.

Entre ellos se hizo un silencio extraño, sin su habitual intercambio de pullas.

Después del saludo de rigor, Anne se quedó allí, sin saber qué hacer. Y lo que fue más sorprendente es que a Hartford le ocurrió lo mismo, se quedó plantado en el umbral con la jocosa expresión de siempre congelada en el apuesto rostro.

Finalmente, consiguió esbozar una sonrisa.

—Sabía que algún día volvería usted a cruzar esa puerta. Solo ha tardado... —Sacó su reloj de bolsillo del chaleco y lo miró con expresión de asombro—. Siete años.

Ella resopló.

—No han pasado siete años.

—Entonces, seis y medio.

Seis años y cinco meses, para ser exactos.

Fue a principios de diciembre de 1855, durante la fiesta navideña del conde de March. Ella acababa de cumplir los diecisiete: era joven,

ingenua, y todavía no había sido presentada en sociedad debidamente. Cuando ambos estaban envueltos en el halo de luz de gas que brillaba en el pasillo del servicio que daba a la cocina, Hartford la había besado bajo el muérdago. Y se había declarado.

Pero Anne prefería no pensar en el pasado. Ni falta que hacía, la vida en Londres le había impuesto recordatorios a diario.

—No me lo va a poner difícil, ¿verdad? —preguntó ella.

—Eso depende. —Entró lentamente en la habitación—. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Siempre tan presuntuoso —repuso Anne—. Tal vez haya venido a ver a su abuelo.

Hartford era el único descendiente del segundo hijo del conde de March: el fallecido y añorado moralista Everett Hartford. Anne recordaba muy bien a aquel hombre conservador y estirado como un vicario. Lo que resultaba bastante irónico teniendo en cuenta la reputación de su hijo, que tenía fama de imprudente y desvergonzado.

—Mi abuelo está en su invernadero con las manos enterradas en estiércol de pollo. Si solo ha venido a hablar con él, ya puede esperar sentada.

Anne reprimió una mueca. No tenía por qué ser tan grosero.

—Francamente, Hartford...

—Francamente, mi señora... —Avanzó lentamente por la estancia. Su afable expresión no impedía que aquel hombre imponente la cohibiera—. ¿A qué ha venido?

Anne se mantuvo firme. No le tenía miedo.

—He venido a pedirle un favor.

Él esbozó una sonrisa ladeada.

—Esto se pone interesante. —Señaló un sofá con tapicería de Gobelinos—. Por favor, siéntese.

Anne lo esquivó con agilidad y se acomodó en el sofá. La falda de su vestido de paseo negro rozó la pierna de él y la seda se deslizó contra la fina lana de su pantalón, emitiendo una amable caricia de telas caras.

Era consciente de cómo le latía el pulso con fuerza en la garganta.

No se atrevió a mirarlo y se concentró en lo que debía decir con ánimo renovado. Sacó el ejemplar del *Spiritualist Herald* de debajo del brazo y alisó las páginas arrugadas sobre su regazo.

Él se quedó de pie junto a la chimenea.

—¿Qué ha traído?

—Lo primero es lo primero. —Anne se obligó a mirarlo—. Sin duda ya habrá oído que el capitán Blunt ha secuestrado a la señorita Wychwood.

Él frunció el ceño.

—¿Secuestro? Es una acusación grave.

—¿Lo pone en duda?

—No tengo suficientes datos para hacerlo. Pero...

—Permítame aclararle lo ocurrido. —Ella se irguió en su asiento; la gravedad de la situación de su amiga le confería una firmeza de acero—. El capitán Blunt, un exsoldado de fama dudosa, ha secuestrado a una heredera vulnerable y se ha casado con ella en contra del consejo de sus amigos y familiares, posiblemente en contra de su voluntad. Si eso no es un delito...

—Es un héroe de guerra —replicó Hartford, como si eso lo justificara todo.

—Es un villano —se defendió Anne—. Se la llevó mientras ella yacía convaleciente en su lecho. ¿Lo sabía? Literalmente la arrancó de la casa de sus padres en Belgrave Square y se la llevó a su mansión embrujada en los páramos del condado de York, como si fuese un villano salido de una novela barata.

—La señorita Wychwood se encontraba en una situación bastante delicada. Y conozco un poco a Blunt. Ya sé que es un tanto seco, pero ella no parecía oponer ninguna objeción a su compañía, al menos las contadas ocasiones que los vi juntos. Teniendo eso en cuenta, sus conclusiones son precipitadas... en el mejor de los casos.

—No necesito que las apruebe. La señorita Wychwood es mi amiga, no la suya. Es mi deber asegurarme de que está bien. No descansaré hasta poder confirmarlo.

Una sombra de irritación cruzó la habitual expresión jovial de su rostro.

Anne ya había visto ese gesto antes.

—¿No aprueba usted mis amistades? —añadió.

—Como siempre, cree usted adivinar mis pensamientos.

—No le adivino el pensamiento. Solo observo su rostro. Pero, en cualquier caso, no importa. Me trae sin cuidado lo que piense de mis amigas.

Hartford se tensó aún más.

—¿Le digo lo que pienso? —Sin esperar su respuesta, agregó—: Usted utiliza a sus amigas como escudo.

Anne resopló.

—Eso no es cierto.

—Se mueven en manada; una manada que crece cada nueva temporada.

Ella hizo ademán de abrir la boca para contraatacar, pero él siguió hablando con total indiferencia a sus protestas.

—Al principio solo estaba la señorita Wychwood —dijo—. Luego vino la señorita Hobhouse. Y ahora la señorita Maltravers—. Esbozó una sonrisa irónica—. Las cuatro Amazonas.

—Sí, sí, seguro que resulta muy divertido. —«Para alguien con un cerebro de mosquito», añadió para sus adentros.

Así que las cuatro Amazonas...

A decir verdad, Anne prefería eso al ridículo calificativo que él empleaba antes. Hasta que la señorita Maltravers llegó a Londres, Hartford solía referirse a Anne y a sus amigas como las tres Furias.

—No es divertido —aclaró él—. Solo interesante. Me pregunto por qué necesita usted su protección.

Anne alzó un poco más la barbilla.

—Estoy aquí, ¿no? Sin escolta. Sin protección.

No había tenido otro remedio.

Julia estaba en el condado de York, prisionera del malvado capitán Blunt. Evelyn Maltravers esperaba en Sussex la llegada de su amado, el señor Malik. Y Stella Hobhouse, su querida Stella, permanecía en la calle George, confinada con su estricto hermano clérigo. Acababa de regresar después de acompañarlo a un congreso ecuménico en Exeter y él la había puesto a transcribir sus numerosas notas.

Aunque Stella seguramente no entendería las razones de Anne para acudir a la residencia del conde de March.

Cuando se trataba de Félix Hartford, Anne prefería no compartir sus secretos. Hacerlo no le traería nada bueno, ni siquiera con sus amigas más queridas.

—Ha sido una imprudencia por su parte —afirmó Hartford—. Debería haber traído por lo menos a una dama de compañía.

—¿Para visitar a un viejo amigo de la familia? Su abuelo no supone ninguna amenaza para mi reputación. Por eso he preguntado por él.

—¿Con la esperanza de que acabara apareciendo yo?

—Siempre aparece usted allí donde estoy —se le escapó; fue casi una acusación.

A él se le apagó la sonrisa.

—¿Qué se le ofrece, mi señora?

—Lo que quiero es que escriba algo concreto en la próxima columna que publique en el *Spiritualist Herald*.

Hartford se quedó de piedra. Un destello de alerta apareció en sus ojos.

—Yo no escribo ninguna columna en el *Spiritualist Herald*.

—Tonterías —replicó—. Claro que sí. Escribe usted en varias publicaciones, en el *Herald Espiritualista*, en el *Weekly Heliosphere*, en *Botánica de Glendale*... puedo seguir, si quiere.

—Está usted equivocada.

—En absoluto. Usted es el señor Drinkwater, ¿verdad? Y el señor Bilgewater, y el señor Tidewater. Debería variar sus seudónimos... y su forma de expresarse. Es demasiado evidente para cualquiera que le conozca.

Entornó los ojos y la miró desafiante.

—Y usted me conoce, ¿verdad?

—Por desgracia —contestó ella—. Sí, le conozco.



Hart era capaz de soportar cualquier cosa con tal de mantener su buen humor. Se enorgullecía de su habilidad para advertir lo absurdo en cada situación, sin importar lo mucho que le doliera. Sin importar que le rompiera el corazón.

Pero aquel no era un día cualquiera.

Había estado despierto desde antes del amanecer, atendiendo otro asunto más del desagradable legado de su difunto padre. Una herencia desconocida, al menos para la sociedad. Él hubiera preferido no saber tampoco nada al respecto.

Pero no había tenido la suerte de evitarlo.

Su propia madre le había impuesto esa carga sobre los hombros al confesarle hasta el último de los sórdidos detalles desde su lecho de muerte, hacía ya nueve años. Tenía solo veinte años entonces y no estaba preparado para afrontar la realidad que le habían revelado las últimas palabras de su progenitora.

La falta de preparación no le impidió asumir sus responsabilidades.

Su padre no le había dejado mucho dinero ni propiedades; solo una pequeña suma con una rentabilidad del tres por ciento y una finca remota y ruinoso en el condado de Somerset, en la que había que invertir más dinero del que generaba.

La raquítica herencia de Everett Hartford se acompañaba, además, con buenas dosis de escándalo encubierto. Su hijo había empezado a ver la vida privada de su padre como la Hidra con múltiples cabezas de la mitología. Nada se resolvía del todo. Justo cuando lograba cortar una de las cabezas venenosas de la serpiente, surgían otras dos en su lugar. Estaba cansado, y tras los acontecimientos de aquella mañana, se sentía bastante tentado de lavarse las manos y olvidarse de todo aquello para siempre.

Y ahora, esto...

Ella.

Lady Anne Deveril era la última persona a la que quería ver en ese momento. Y, paradójicamente, también era la persona con la que más ganas tenía de hablar.

Pero no sobre el pasado de su familia.

Y tampoco quería hablar sobre el pasado de la familia de ella, al que su madre parecía aferrarse con una determinación cada vez mayor. Anne también se agarraba a él a su manera, era una víctima dispuesta a dejarse atrapar por la obsesión de lady Arundell con los muertos.

Vestía como de costumbre, con un apagado vestido de seda negra. Una imagen que a él lo sacaba de quicio. La prenda se ceñía a su delicada figura con una larga fila de diminutos botones azabaches, y el ajustado corsé realzaba su cintura de avispa y la curva generosa de su pecho. La voluminosa falda resbalaba por sus caderas creando un abultado vaivén de tela que producía un sonido muy sensual, un delicado roce entre las capas de enaguas y el miriñaque, cada vez que ella se movía.

No solo lo oía, también lo sentía: le hacía cosquillas en los sentidos y le aceleraba el pulso.

Gracias a Dios que ella había aceptado sentarse.

Una lady Anne sentada era mucho más fácil de manejar que una Anne en movimiento. Y ella casi siempre estaba en movimiento, ya fuera caminando tras la estela de su madre o galopando por Rotten Row en compañía de sus amigas intelectuales. Amazonas a caballo, tan formidables como ella misma.

Eligió las palabras con cuidado.

—Lo que sea que piense usted que sabe...

—Lo que sé —espetó con el tono ácido de una profesora británica—, es que nunca incurre en una frivolidad que no le complazca. No hay duda de que esas columnas que escribe son otra de sus infantiles diversiones. Pero no he venido aquí para juzgarlo.

—¿No?

—He venido a utilizarlo. —Posó un dedo cubierto por el guante de gamuza en la portada del periódico que tenía sobre el regazo—. Lo único que tiene que hacer es comentar algo relacionado con el espiritismo y con esa casa que Blunt tiene en el condado de York.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Y qué debo decir? —Hizo una pausa y añadió—: En caso de que yo sea ese tal Drinkwater que asegura usted, claro.

Como era previsible, ella ya tenía una respuesta preparada.

—No hace falta reinventar la rueda. La finca de Blunt ya tiene fama de estar encantada. Solo tiene que hablar sobre ello, haciendo énfasis en la inminencia de un acontecimiento. Podría decir: «El velo entre los mundos se cerrará pronto», y que «todos los practicantes serios deberían viajar al norte para aprovechar la ocasión». Yo me encargaré del resto.

Hartford reprimió una sonrisa. Estaba muy convencida de su plan. Tan decidida, tan segura... Era una de las cosas que más solía gustarle de ella, esa confianza ciega en sí misma.

—Lo tiene todo pensado, ¿verdad?

—Por supuesto. —Se puso en pie—. Solo falta que usted haga su parte. Yo haré el resto.

—¿Cómo controlará a su madre? —Su tono de burla se apagó tan rápido como había surgido, sofocado por un recuerdo amargo—. Disculpe que me tome la libertad de dudar de sus facultades en ese sentido.

Mientras se ponía en pie, Anne lo fulminó con sus ojos castaños salpicados de destellos dorados, como si fueran poderosos espíritus azuzados por el fuego.

Le vino a la mente un juego llamado «boca de dragón» al que habían jugado hacía seis años y medio, allí mismo, en esa misma casa, en una fiesta navideña organizada por su abuelo, antes de que él y Hart

partieran en su expedición a India en 1856. Dispusieron algunas pasas y nueces empapadas en coñac sobre una bandeja de plata y les prendieron fuego. A continuación, los jóvenes invitados se turnaron para sacar los frutos secos envueltos en llamas.

Por supuesto, Anne no tenía miedo. No le importaba quemarse.

Y se quemó.

Hartford alcanzó su mano chamuscada medio segundo después de que las llamas le quemaran la piel. La apartó del juego y se la llevó a la cocina para que la cocinera pudiera aliviar sus quemaduras con mantequilla fría de la despensa.

Y fue justo cuando salían de la cocina cuando sucedió.

Los dos se quedaron a solas en el pasillo del servicio. La luz de gas se reflejaba en los claros mechones del cabello de Anne, que parecía hecho con hilos de oro. Él acarició aquellas hebras sedosas mientras inclinaba su rostro para besarla bajo el muérdago. La voluptuosa boca de la joven había temblado bajo la suya. A él también le había ocurrido lo mismo.

«Llevo toda la noche queriendo hacer esto», había admitido él con cierta torpeza.

No tenía sentido fingir. Ambos lo recordaban, y no solo el beso, también todo lo que había ocurrido después.

¡Ojalá pudiera olvidarlo!

—Puede decir lo que quiera —espetó Anne—, siempre y cuando haga lo que le pido.

Hartford se apoyó en la repisa de la chimenea y se cruzó de brazos.

—¿Por qué debería tomarme la molestia?

—¿Por qué? —replicó ella; era evidente que empezaba a molestarse—. Por la novedad, por ejemplo. Dios sabe que no ha hecho nada honorable ni responsable en su vida.

Él se encendió por un momento, igual que ella. El resentimiento contenido le tiñó la voz y adoptó un tono grave:

—Usted no sabe nada sobre las responsabilidades que yo tengo o dejo de tener.

—Sé que solo le interesa la diversión. ¿Es demasiado esperar que, por una vez, haga algo útil? ¿Algo que pueda beneficiar a otra persona que no sea usted mismo?

—Se refiere a usted, claro.

—No me estaría ayudando a mí, sino a la señorita Wychwood. Al margen de la opinión que pueda usted tener de mí, ella no ha hecho

nada para merecer su odio. Es un alma dulce y gentil que podría estar en peligro en este momento. Si usted...

—Yo no la odio —mascullo él con tono áspero.

Anne dejó de hablar.

—¿Disculpe?

—He dicho que yo no la odio. Nunca la he odiado...

—Pues... —Una rara expresión de vulnerabilidad se adueñó de su rostro. La ocultó al instante, inclinando la cabeza mientras se alisaba los guantes—. En ese caso, no le importará hacer lo que le pido...

—Ojalá fuera tan sencillo.

—No puede ser tan difícil. Puedo escribir la columna yo misma si es necesario. Usted solo debe asegurarse de que se publique lo antes posible.

—Escribirla no es la parte complicada.

Ella lo miró con recelo.

—¿Y cuál es la complicación entonces?

—Ya se lo he dicho. No me apetece hacer el esfuerzo.

—Hartford...

—No le veo el incentivo. —Esbozó una sonrisita—. Como bien ha señalado usted, soy un egoísta irresponsable que solo piensa en sí mismo.

—Yo no...

—Sin embargo —prosiguió—, si yo consiguiera algo a cambio...

Anne sintió cómo perdía el último ápice de autocontrol. Su semblante se endureció como el mármol y dejó caer las manos a los costados al tiempo que estrujaba las páginas del *Spiritualist Herald*. Se le acercó como una de las Furias míticas con las que él la comparaba.

—¿Es usted un chantajista arrogante y un sinvergüenza!

A él se le aceleró el corazón cuando ella se aproximó. Ver a Anne enojada era muy emocionante.

—No es chantaje —se defendió—. Es un intercambio. Algo que usted desea a cambio de algo que yo deseo.

—¿Y qué desea usted exactamente?

La idea se le ocurrió de repente, una genialidad. Aunque quizá fuera una locura. Seguramente al día siguiente lamentaría la honestidad brutal de sus palabras, pero en ese momento le parecían las adecuadas. Sentía que eran las correctas.

—La deseo a usted —afirmó.

Anne se paró en seco y abrió la boca asombrada.

—¿A mí?

—Sí —afirmó—. Y no de esta manera. No la deseo en Londres, vestida de negro, como un espectro en un funeral. La deseo en Hampshire. Y quiero verla vistiendo colores. Preferiblemente el rojo.

La mera sugerencia pareció horrorizarla.

—No voy a vestir de rojo. Además, ¿qué hay en Hampshire que valga la pena? —Mudó de expresión al comprenderlo de pronto—. ¿No se referirá a Sutton Park?

Sutton Park era la propiedad del condado de March. Los Hartford habían vivido allí durante siglos. Sin embargo, el abuelo de Hart no había sido el mejor cuidador de la mansión durante sus días de conde. Prefirió viajar por el mundo en lugar de quedarse en la campiña inglesa cuidando sus tierras. A pesar de eso, aquella gran casa seguía utilizándose de vez en cuando.

—El abuelo organiza una fiesta en vacaciones. Asistirán caballeros, naturalistas sobre todo. Creo que también vendrán algunos comerciantes, perfumistas y esas cosas. Quiere regalarles algunas de sus últimas variedades de rosas.

Lo miró a los ojos.

—¿Se refiere a una fiesta de Navidad?

Debería haber dicho otra fiesta de Navidad.

—¿Y si así fuera? —preguntó Hartford— ¿La señorita Wychwood no merece el sacrificio?

—Mis amigas lo merecen todo —repuso.

—En ese caso ya sabe lo que debe hacer.

Anne lo fulminó con la mirada. Se cruzó de brazos y empezó a pasearse por la estancia agitando la falda con cada paso. Estaba imponente.

—Habrá otras señoritas allí —añadió él con tono amistoso—. Imagino que mi tía traerá varias jóvenes solteras a las que querrá presentarme. Quizá pueda usted ayudarme a escoger alguna.

Anne lo miró con desprecio.

—Ya es hora de que me case. Un hombre no puede pasar sus días acumulando polvo en una estantería.

Se estaba arriesgando demasiado, y él lo sabía. Lo de llevarla al límite se había convertido casi en un hábito en sus conversaciones. Cualquier estrategia valía con tal de arrancarle alguna reacción, de sacarla de ese

papel irritante que ella misma había elegido: ser la sombra muda, obediente y sumisa de una madre autoritaria.

Una Anne enojada era mejor que una Anne que se desvanecía ante sus ojos. Cada temporada que pasaba, ella se alejaba más. Aunque él no sabía por qué seguía importándole.

—Podría usted traer su caballo y pasar toda la semana cabalgando si le apetece.

—Mi madre nunca me permitiría salir sola.

—Entonces tráigala con usted, por supuesto.

Anne frunció el ceño.

—¿Siempre que no vista de negro?

Él se encogió de hombros.

—Es un precio muy pequeño.

Cuando ella volvió caminando a la chimenea, su falda silbó al rozarle las piernas.

—Todavía falta mucho para diciembre. Podrían ocurrir muchas cosas hasta entonces.

—Así es —admitió Hartford—. Pero, en cualquier caso, si hago lo que me pide y escribo esa tontería para convencer a su madre de viajar al condado de York, esperaré que cumpla usted también con su parte del trato, pase lo que pase durante estos meses.

Anne se detuvo frente a él con un elegante gesto de determinación. Era la expresión de una dama dispuesta a soportar el amargo remedio para lograr una cura.

—Muy bien —dijo al fin—. Trato hecho.



CAPÍTULO 2



Anne regresó a casa con la sensación de que la perseguían los perros del infierno, tratando de alcanzar con sus dientes demoníacos las ruedas del carruaje de los Arundell. «He hecho un pacto con el diablo», pensó muy seria. Solo le pedía a Dios que hubiera valido la pena.

—Valdrá la pena —se dijo en voz baja, mientras Horbury, el anciano mayordomo de la familia, la recibía en el vestíbulo con suelo de mármol.

Solo necesitaba llegar al condado de York y asegurarse de que Julia estaba a salvo. El precio del acuerdo era irrelevante. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por su amiga.

—Su madre ha preguntado por usted, mi señora —anunció Horbury, tomando el sombrero y los guantes de la joven—. La espera en su habitación.

Anne no consiguió reprimir una mueca. Había albergado la esperanza de que su madre siguiera dormida. No solía permitirle escaparse sola. Únicamente podía hacerlo cuando salía a montar su querido caballo, *Azafrán*. Su madre prefería tenerla cerca para controlar todos sus movimientos.

Muchos miembros de la alta sociedad consideraban que ese control era una forma de acoso, otra prueba de la conocida personalidad dominante de lady Arundell. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. ¡Como si Anne fuera a permitir que la ataran de esa forma!

La dama solo quería protegerla. Por más equivocada que estuviera, creía que cada instante en que su hija escapaba a su control se estaba poniendo en peligro. En su afán de preservarla intacta, habría llegado a conservarla en formol de haber podido.

—¿Lleva mucho tiempo levantada? —preguntó Anne.

—Media hora —respondió Horbury—. La doncella acaba de subirle la bandeja con el correo de la mañana.

Suspiró y se alisó la falda antes de subir las escaleras hacia el segundo piso.

Lady Arundell siempre desayunaba en su habitación. Era un privilegio que le negaban a su hija soltera. Solo las mujeres casadas tenían permitido permanecer en la cama hasta tarde. Anne lo atribuía a que las mujeres casadas debían de estar agotadas por la actividad amorosa de la noche anterior. Una idea escandalosa.

Llamó a la puerta con delicadeza antes de entrar. Las pesadas cortinas de la cama de dosel estaban ya recogidas y la vio recostada en una pila de mullidos almohadones de plumas. Su madre era una mujer de cabello oscuro, con una ligera papada y un busto imponente, a la que los periódicos de la alta sociedad solían describir como una fuerza de la naturaleza.

Y Anne no podía estar más de acuerdo. Incluso en la cama, ataviada con una bata de encaje y una cofia de muselina de la India adornada con puntilla, conseguía parecer una emperatriz. Quizá la mismísima Catalina la Grande.

—Anne —la saludó—, por fin.

La bandeja del desayuno descansaba sobre su regazo y el vapor emanaba de la boca de la tetera de porcelana. Su habitual desayuno, compuesto por dos huevos duros y una rebanada de pan muy tostada, permanecía intacto en la bandeja mientras ella revisaba la correspondencia.

No había azucarero ni tarro de mermelada. Jamás. Su madre consideraba que los dulces eran un peligro para los dientes y la figura de una dama. De hecho, en esa casa, la prohibición que pesaba sobre cualquier alimento azucarado se respetaba como si fuera una ley. Una ley que Anne también cumplía de vez en cuando, aunque solo lo hacía por solidaridad con su madre. A ella le gustaban demasiado los dulces como para renunciar a ellos por completo.

—¿Dónde has estado? —preguntó lady Arundell.

Anne no intentó mentir ni inventar alguna excusa. No servía de nada; su madre podía notarlo con facilidad.

—He ido a la calle Arlington a ver a lord March.

Su madre le clavó los ojos.

—¿Al conde March? ¿A esta hora?

Anne cruzó la habitación para acercarse a la cama de su madre.

—Tuve la extraña sensación de que debía hacerlo. Hace demasiado tiempo que no lo vemos.

Lady Arundell no cuestionó el argumento. Para ella, tan dada a interpretar señales y símbolos, una sensación extraña era una razón tan válida como cualquier otra para visitar a alguien.

—¿Soñaste algo? —preguntó, frunciendo el ceño intrigada—. ¿Sentiste que estaba enfermo, o al borde de la muerte?

—Algo así.

—¿Y lo estaba?

—Si estaba... ¿cómo?

—Enfermo.

—No creo. —Anne alisó distraídamente la colcha bordada—. No lo vi. Estaba ocupado en su invernadero.

—Claro. No suele recibir visitas por la mañana. Si me hubieras consultado, te habría advertido y te habrías ahorrado un viaje en vano.

Su madre volvió a concentrarse en las cartas.

—Horbury dijo que querías verme —le recordó la hija.

—Ah, sí. —Rebuscó en el montón de sobres ya abiertos que aguardaban junto a la bandeja y extrajo una carta de uno de ellos—. Esto ha llegado con la correspondencia de la mañana. —Le entregó una única hoja de carísimo papel de carta—. ¿Qué opinas?

—¿De quién es?

—Del conde Arundell.

Anne palideció.

—Tu padre no, niña. Es del nuevo conde, ese primo hermano tuyo, Joshua Deveril. Por lo menos es lo que pone en la firma. Aunque no me cabe ninguna duda de que fue la madre del cachorrito quien dictó esta insensatez. —Hizo un gesto con la mano—. Léela.

Anne bajó la vista lentamente hasta la carta, si es que podía llamarse así, pues no contenía más que unas pocas líneas escritas en una caligrafía apretada, pero elegante.

Querida señora:

Tras un breve viaje por Europa, mi más ferviente deseo es establecerme en Londres. Aunque hasta ahora ha sido un placer para mí permitir que permanezca usted en Grosvenor Square, estoy ansioso por asumir mis obligaciones como conde y ocupar mi lugar en la sociedad y en mi hogar.

Mi madre me acompañará a la ciudad el cinco de agosto. Espero poder conversar con usted para encontrar juntos la mejor forma de asegurar su futuro bienestar.

*Le saluda respetuosamente,
Arundell.*

Anne bajó lentamente la hoja mientras una extraña inquietud empezaba a contraerle el estómago. No era propensa a los nervios o la ansiedad. Pero, si Joshua hablaba en serio, la situación era preocupante.

—¿Quiere venir a Londres? ¿Para echarnos de nuestra casa?

—Con eso amenaza —respondió su madre, extendiendo la mano para recuperar la carta.

Anne se la devolvió, sorprendida de lo calmada que la veía.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada en absoluto. —Tiró la carta sobre la cama, recogió otro sobre de la pequeña pila de correspondencia que aún le quedaba por revisar y rompió el sello con un abrecartas de nácar—. Ese descarado no se ha movido en seis años. No veo razón para pensar que lo vaya a hacer ahora.

Ella no estaba tan convencida como su madre.

Si Joshua no se había movido en todo ese tiempo, solo había sido por su minoría de edad. Cuando heredó el título, era demasiado joven para ir a la ciudad. En lugar de eso, él y su odiosa madre, una mujer avara y ambiciosa, de escaso linaje o conexiones importantes, se habían instalado en Cherry Hill, la residencia familiar en Shropshire.

Como si eso no hubiera sido ya suficiente.

Anne había nacido en Cherry Hill y allí pasó la mayor parte de su infancia. Una niñez aparentemente idílica en todos los sentidos.

Y así había sido.

Era hija de una pareja enamorada. La única y amada descendiente de unos padres excepcionalmente entregados el uno al otro.

Sí, sus padres habían sido felices, muy felices. Y ella también lo había sido, hasta que su padre cayó enfermo. Según el médico local, tenía algún defecto en el corazón.

Su madre no creyó en el diagnóstico.

Siguiendo sus directrices, llevaron a su padre a Londres, donde lo instalaron en Grosvenor Square, una de las muchas y lujosas propiedades

que pertenecían al condado. En Londres estaría cerca de los mejores médicos del país y podría recibir los mejores tratamientos.

Así fue. Se sometió a muchos tratamientos, uno tras otro. Todos los que recomendaron los doctores, sin importar lo invasivos o costosos que fueran. Su padre lo soportó todo; también lo hicieron Anne y su madre, con la esperanza firme de que recuperaría la salud y volvería a estar bien.

Pero no fue así.

Su estado fue empeorando hasta que quedó tan débil que tuvo que recluirse en la cama.

Anne se negó a rendirse. Parecía impensable que el corazón de su padre, que había sido más grande y generoso que el de cualquiera, terminara siendo su perdición.

Conservó la esperanza de que se recuperaría hasta el último momento. A veces tenía días buenos. Días lucidos en los que podía sentarse a su lado y hablar con él. Había estado esperando uno de esos días para poder consultarle sobre la propuesta de Hartford.

Nunca tuvo la oportunidad.

Menos de dos días después de la fiesta navideña del conde March, su padre falleció mientras dormía.

El título de conde de Arundell, y todo lo que conllevaba, pasó a manos de Joshua. No solo Cherry Hill y la casa en Grosvenor Square, sino toda la fortuna y las propiedades familiares. Incluso el nombre de su padre. Ahora, Joshua era Arundell.

Si no fuera por la dote de su madre y a una cantidad generosa que su padre había reservado para ella en su matrimonio, las dos estarían casi en la ruina. No podían confiar en la dudosa generosidad de su primo. Desde que había heredado el título, no les había brindado ningún apoyo.

—No podemos juzgar sus acciones futuras por lo que ha hecho hasta ahora —opinó Anne—. Solo era un niño cuando papá murió.

—Sigue siendo un niño.

—Claro que no. Debe de tener al menos veintiún años. Si él y su madre nos exigen que desocupemos la casa, ¿qué vamos a...?

—Nada en absoluto —repitió su madre con total tranquilidad—. Si tuviéramos algo que temer en ese sentido, Dimitri me habría advertido.

Anne apretó los labios.

Dimitri era el nombre del espíritu familiar de su madre, un ente imaginario que solo ella podía ver u oír. Una moda entre los espiritistas de

la época. Anne odiaba que lo mencionara siquiera, en parte porque sus pronunciamientos, que solían coincidir con las opiniones de su madre, ponían punto final a cualquier discusión.

—Dimitri no es infalible —advirtió la hija.

Lady Arundell se negaba a aceptar esa posibilidad.

—Su percepción no se puede discutir. Ve cosas que nosotros no vemos. Es la ventaja de estar al otro lado del velo. —Mientras decía eso, hojeaba su siguiente carta. Parecía haber olvidado por completo la amenaza del nuevo conde de Arundell—. Qué fastidio —murmuró—. Fielding me aconseja no ir a verlo esta semana; ha caído enfermo y teme que pueda ser contagioso.

El señor Harris Fielding era un excéntrico viejo soltero que residía en Russell Square. Apasionado espiritista y coleccionista de antigüedades, era uno de los amigos más cercanos de su madre en Londres. Además, era tío de Evelyn Maltravers.

Anne miró su carta con repentina inquietud.

—Espero que no sea nada grave.

—Una infección de garganta —repuso su madre—. Sin duda la contrajo durante nuestro viaje a West Midlands.

El señor Fielding había acompañado a Anne y a su madre a un breve viaje a Birmingham. Evelyn había ido con ellas. Stella también había estado fuera de Londres en aquel momento, pues seguía en Exeter con su hermano. Julia era la única que seguía en la ciudad. Había estado sola, sin la protección de sus amigas. Fue entonces cuando el capitán Blunt decidió atacar.

Anne se sentía un poco responsable. Si hubiera estado allí, quizá Julia aún estaría a salvo.

—Qué pena —dijo

—Pues sí. Teníamos pensado asistir a la conferencia de la señora Frazil sobre la *planchette*¹ este jueves en Fitzroy Square.

Anne se abstuvo de comentar lo cuestionable que resultaba aquella actividad. Ya hacía mucho tiempo que había aprendido que cuanto más ocupada estuviera su madre con sus asuntos espiritistas, sus compromisos sociales y la escuela benéfica que patrocinaba en Wimbledon, menos tiempo le quedaba para dejarse arrastrar por la desesperación.

Le parecía que merecía la pena.

1 N. de la Ed.: Tabla de ouija utilizada por los espiritistas para intentar comunicarse con los muertos.

Se preocupaba tanto por la salud y la felicidad de su madre como lady Arundell se preocupaba por ella. Haría cualquier cosa, sacrificaría lo que fuera, para evitar cualquier sufrimiento a sus seres queridos.

—No importa —añadió la dama. Se sirvió una taza del fuerte té de Assam, su bebida predilecta de las mañanas—. Iremos nosotras. Así dejarás de pensar en ese asunto de tu amiguita.

Anne se puso tensa.

—Mi amiguita podría estar en peligro en este momento. Si pudiéramos viajar a Yorkshire y comprobar en persona que...

—Imposible —descartó su madre—. Tengo toda una semana de citas anotadas en mi agenda. No voy a cambiarlas por la absurda fuga amorosa imprudente de una niña tonta. Mi compromiso con la causa espiritista debe tener prioridad en todo momento.

«¿Y qué hay de mis compromisos?», quiso preguntar Anne. Pero, tal y como siempre hacía en esas ocasiones, no dijo nada.

Tenía una regla: nunca discutir con su madre. No desafiarla jamás ni hacer algo que pudiera perjudicar su relación. Era mejor ser llamada y astuta, conseguir lo que quería por otros medios.

Y confiaba en que lo lograría si todo salía según lo planeado con aquella ridícula columna de Hartford.

Sin embargo...

No podía quitarse de la cabeza la sensación de que había cometido un error al involucrar a su antiguo adversario.

Él quería que ella fuera a Hampshire.

Él quería que vistiera de rojo.

Es cierto que diciembre aún parecía muy lejano. Pero acabaría llegando el momento y tendría que cumplir con aquel maldito acuerdo, sin importar el peligro que conllevara para su reputación, para su conciencia, tal vez incluso para su corazón.



La pequeña casa de los Neale, situada en las afueras de la zona más moderna de Londres, era modesta y discreta. Se encontraba en un barrio respetable pero poco distinguido, en una calle igualmente sencilla, no muy lejos de la fábrica de crisoles de Battersea, de la que Hart era socio en la sombra. Una ubicación muy conveniente, teniendo en cuenta que la mayor parte de los ingresos de esa empresa terminaban en los bolsillos de los Neale.

Hartford aguardaba de pie junto a la ventana del salón, con las manos entrelazadas a la espalda.

Era la segunda mañana consecutiva que lo convocaban, y le costaba conservar el buen humor. De hecho, últimamente le parecía una tarea hercúlea: sonreír, cuidar las apariencias y reprimir las ganas de mandarlo todo al infierno.

Tenía la inquietante sensación de que, en algún momento, quizá muy pronto, iba a perder la paciencia.

Que Dios tuviera misericordia de quien estuviera a su lado cuando eso ocurriese.

—¿Cómo puedo ser más claro, señor? —preguntó la señora Neale desde su sillón orejero junto a la chimenea. Lucía el cabello negro peinado con estilo juvenil, y la cofia negra que adornaba su cabeza era el único indicativo claro de su edad—. Necesitamos más que las migajas con las que nos ha estado alimentando estos nueve años. No somos ratones de iglesia para vivir en esas condiciones.

—Madre —susurró Ethel. Tenía diecisiete años y era la segunda hija de los Neale. Estaba sentada junto con su hermana menor, de quince, en un sofá de *chintz*, justo enfrente de su madre.

—¿Por qué no debería exigir más? —preguntó la mujer—. Es mío por derecho. Sois el fruto del amor de vuestro padre. Él no querría veros pasar hambre.

Hart se abstuvo de señalar que su difunto padre, el honorable Everett Hartford, había dejado muy claros sus deseos. Cuando murió, ni su amante ni los tres hijos que había tenido con ella figuraban en su testamento.

Él no supo de su existencia hasta casi un año después: un regalo de despedida de su afligida y moribunda madre.

—Ella era mi doncella —había conseguido decir a pesar de la tos que la hacía temblar de pies a cabeza—. ¡Mi propia sirvienta!

Hart había oído toda la historia, y luego, para el disgusto de su madre, se había echado a reír. Fue una risa extraña, hueca, carente de su humor habitual, pero una risa al fin. La verdad sobre la traición de su padre resultaba bastante cómica, incluso un tanto patética.

Pero nada tenía de graciosa la posibilidad de que su abuelo lo descubriera. A pesar de vivir inmerso en sus asuntos botánicos, el conde de March seguía preocupándose mucho por su buen nombre. No solo por su propio prestigio, sino por el bien de su heredero, el tío de Hart, el vizconde Brookdale.

Brookdale era uno de los líderes del partido opositor en el Gobierno de su majestad. Era un férreo conservador que aspiraba a escalar en política y no se tomaría muy bien que su carrera se fuera a pique por culpa de un escándalo familiar.

Hartford hacía todo lo posible por evitarlo.

Le pagaba a la señora Neale una asignación generosa de su propio bolsillo, le facilitaba fondos extras en momentos difíciles, e incluso la visitaba cuando era necesario, aunque sus visitas se limitaban necesariamente a las horas tempranas de la mañana, cuando era menos probable que lo vieran.

—Lo he dicho desde el principio —protestaba la mujer—. No tendríamos tantos problemas si Marcus dispusiera de los medios para vivir como un caballero. Ahora que ha vuelto a casa, no puede usted esperar que siga sin gastar.

Marcus era el hijo mayor de la señora Neale y su único varón. Tenía diecinueve años y había pasado la mayor parte de los últimos nueve en un internado en Plymouth. Desde que había regresado, se había convertido en una fuente constante de gastos para su madre y para Félix Hartford.

Precisamente la mañana del día anterior, pocas horas antes de que lady Anne se presentara en la calle Arlington, Hart había estado en ese mismo salón, obligado a sufragar las cuantiosas deudas de juego que Marcus había acumulado en varias casas de apuestas por toda la ciudad.

—¿Por eso me ha vuelto a llamar? —preguntó—. Solo han pasado veinticuatro horas desde la última vez que estuve aquí. Marcus no puede estar ya en otro aprieto.

La señora Neale desvió la vista brevemente.

—Esto no tiene nada que ver con Marcus —gruñó—. Lo que quiero es que nos paguen lo que nos deben.

Hartford dudaba que lo hubiera convocado solo para exigir más dinero. Pero no pensaba perder el tiempo. Tenía otras obligaciones ese día, la más importante, su asunto con Anne.

Cumplir su parte del acuerdo al que había llegado con ella no iba a ser fácil. Quedaba menos de una semana para que la siguiente edición del *Spiritualist Herald* estuviera lista para imprimir. Y, a pesar de lo que Anne creía, él no acostumbraba a escribir tonterías sin fundamento solo por diversión.

Es decir, sí que escribía para entretenerse, pero tenía cuidado, especialmente en su columna para el *Herald*, de que incluso sus afirmaciones más

extravagantes estuvieran basadas en hechos contrastados. Y esa búsqueda de la verdad a menudo resultaba más difícil de lo que parecía.

Tendría que investigar el origen de los rumores sobre la herencia del capitán Blunt en Yorkshire. La supuesta reputación de casa embrujada debía de tener alguna razón. Tal vez un asesinato sangriento o una aparición espectral en los alrededores.

En ese momento, era lo que ocupaba su mente, no la última insensatez de Marcus.

—La asignación trimestral que le doy es más que suficiente para cubrir sus necesidades.

—¿Asignación? —La señora Neale se infló como una pava ofendida—. ¿Así es como lo llama?

—Una asignación generosa —precisó.

Lo suficientemente generosa para vestirlos, calzarlos y alimentarlos, incluso para contratar a una cocinera que también hacía las veces de limpiadora y a un sirviente. Hart no era tacaño por naturaleza, ni tampoco excesivamente derrochador. No podía permitírselo. No había heredado una gran fortuna; el dinero que tenía, se lo había ganado él mismo.

Otro secreto que guardaba para proteger a su familia.

La mera insinuación de que alguno de sus miembros hubiese prosperado con el comercio bastaría para causar un revuelo enorme. No importaría lo exitoso que fuera, ni cuán valiosa fuera la Compañía Parfit de crisoles de grafito para el Imperio británico.

El grafito, también conocido como plomo negro, era un componente esencial para los crisoles. Cuando se mezclaba con arcilla, se conseguía un recipiente innovador donde se podían fundir metales más rápido que en cualquier otro del mercado, ahorrando combustible y mano de obra en numerosos sectores, sobre todo en la industria ferroviaria.

Si las cosas continuaban como hasta el momento, Hartford y sus socios podrían hacerse increíblemente ricos.

Pero todavía no era un caballero acaudalado.

La señora Neale hizo un gesto con el que señaló a sus hijas.

—Ethel y Ermintrude llevan meses sin estrenar un vestido nuevo. ¿Y qué hay de mi hijo? Un joven debería tener su establo. A mí no me importa no tener carruaje, ¡pero Marcus es nieto de un conde!

—Un nieto ilegítimo —recordó Hart con tono sosegado—. Sería una locura por su parte, o por parte de cualquiera de ustedes, aspirar a formar parte de un mundo que jamás los acogería.

No pretendía ser cruel porque sí. A pesar del oscuro origen de su vínculo familiar, sentía cierta responsabilidad hacia sus hermanastros. Le habría parecido una irresponsabilidad no advertirles cuáles eran las limitaciones sociales impuestas por su nacimiento.

—¿Eso cree? —exclamó la señora Neale levantándose de la silla muy indignada—. Ya veremos qué dice el resto del mundo sobre su tacañería. Si llegaran a saber lo que Everett sentía por mí y los hijos que tuvimos... ¡Estoy convencida de que sería tan respetada como lo fue lady Hamilton² en su día!

Hart se alejó de la ventana suspirando con desesperación. Era demasiado temprano para amenazar el condado.

—Mi padre no fue como el almirante Nelson, señora. Era un moralista convencido. Si la sociedad se enterara de su existencia, todo el mundo lo vería como un hipócrita, y con razón.

Al rostro de la señora Neale asomó una mezcla de vergüenza y rabia.

—¡Cómo se atreve! Venir aquí haciéndose el digno... Usted quería que viviéramos escondidos y privaría a los queridos hijos de mi marido de un pedazo de pan...

—¡Madre, por favor! —suplicó Ethel.

—¡No lo toleraré, ¿me oye? —gritó la mujer, ignorando las súplicas de su hija—. Ya sabe dónde está la puerta, señor. ¡No permitiré que me insulten en mi propia casa!

Hart dedicó a Ethel una mirada cargada de complicidad filial. No había mucho más que decir. Y menos cuando la madre de sus hermanos ya se había enfurecido hasta el punto de perder la razón. Hizo una rápida reverencia y se marchó a toda prisa.

Las visitas a aquella casa solían terminar con la señora Neale echándolo a empujones presa de un arranque de furia, olvidando convenientemente que era él quien pagaba la renta de aquel lugar.

Nueve años atrás, su conducta le sacaba de quicio. Ahora, simplemente le resultaba agotadora.

Recuperó el sombrero y los guantes en el vestíbulo y salió de la casa.

Lo que realmente necesitaba eran unas vacaciones, pasar algunas semanas lejos de Londres, en algún sitio donde pudiera escapar de la opresiva carga que suponía para él gestionar los secretos de su padre.

2 N. de la Ed.: Emma Hamilton (1765-1815) fue una popular bailarina y actriz inglesa conocida por sus amantes, el almirante Nelson entre ellos.

Si no le hubiera prometido a Anne que la ayudaría, se habría planteado partir ese mismo día.

Se ajustó a conciencia el altísimo sombrero de castor. Su carruaje lo esperaba en la calle y la pareja de yeguas, *Kestrel* y *Damselfly*, pateaba la calzada con impaciencia.

El joven del barrio que había contratado para que las cuidara seguía en su puesto y sujetaba las riendas con determinación.

—¿Todo bien? —preguntó Hart mientras se hacía cargo de las bridas.

—Todo en orden, patrón —repuso el muchacho.

Le lanzó una moneda de tres peniques de plata, que el joven atrapó con una sonrisa antes de partir corriendo calle abajo.

Hart se subió al calesín de un salto. Justo cuando recogía las riendas, la puerta de la casa de los Neale se abrió y Ethel salió corriendo tras él.

—Hartford

Esperó a su hermanastra. Aunque lamentaba la situación, no le guardaba rencor a la muchacha. Al contrario, parecía la única sensata de la familia.

Se detuvo junto al carruaje con un chal estampado sobre los hombros delgados.

—Le ruego que disculpe a mi madre.

—No hay por qué —respondió Hart con amabilidad—. Pero debo mantenerme firme respecto a la cuestión de aumentar sus fondos.

—Me temo que no lo entiende. Se trata de mi hermano. Tiene una deuda de juego que no mencionó ayer. Nos lo confesó anoche. La suma es inmensa. Estoy desesperada por cómo... —Guardó silencio al ver que una de sus vecinas los observaba desde la calle. Se puso seria—. Estoy empeorando las cosas hablando con usted aquí.

Hart esbozó una sonrisa resignada.

—Pues vayámonos.

Ethel abrió los ojos como platos.

—¿Con usted? ¿Ahora?

—La llevaré a dar un paseo por el parque. Así tendremos un poco más de privacidad. —Le tendió la mano.

Era muy temprano y Battersea estaba muy alejado de los círculos elegantes de Londres. Aunque lo vieran paseando con su hermana, era poco probable que provocaran habladurías.

Ethel permitió que la ayudara a subir al calesín.

Cuando ella se acomodó a su lado, Hart dio a las yeguas la orden para que echaran a andar con la cordialidad propia de un viejo amigo, pues es lo que era.

—Adelante, *Kestrel*. Adelante, *Damselfly*.

La joven lo miró con curiosidad.

—Qué nombres tan raros para un par de caballos. ¿Los eligió usted?

—No —reconoció—. Lo hizo una amiga.

El agrídulce recuerdo le apagó la sonrisa. La recordó a ella, a Anne, de pie en las tablas de la cerca de Sutton Park, con los brazos cruzados sobre la barandilla superior mientras observaba cómo jugaban las potrillas. Él estaba a su lado, tan concentrado en ella como en los caballos, y le fue entregando su corazón tan lentamente que no se dio cuenta hasta que ella se lo había arrebatado por completo, haciéndolo suyo para siempre.

Él sospechaba que una parte le pertenecería para toda la vida, tanto si le gustaba como si no.

Hizo un esfuerzo para concentrarse de nuevo en el presente y en la joven tan diferente que ahora estaba a su lado. Dio rienda suelta a sus caballos, que salieron trotando del barrio aislado de los Neale para adentrarse en una calle concurrida.

—Muy bien —dijo, preparándose para lo peor—. Dígame cuánto debe Marcus esta vez.